

Comentario a la novela “ISNATIN” de Diego Rodríguez Vargas

José-Luis Pérez Fuillerat

Me llega, como regalo, esta novela de mi amigo y colega Diego R.V.

A modo de introducción, el nombre ISNATIN contiene, en sus dos primeras páginas, tanto la justificación de dicho topónimo, de origen árabe, como la advertencia al lector de que “*es un relato basado en hechos reales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX*”.

Aunque ha habido muchas definiciones de novela, señal de que Baroja llevaba razón: “*es un saco donde cabe todo*”; o la conocida de Henry Beyle (Stendhal): “*la novela es un espejo puesto a lo largo de un camino*”, lo cierto es que, una vez leída, me atrevería a denominar ISNATIN como una ‘historia novelada’. Es decir, la verdad histórica secuenciada y contrastada debidamente, junto con la suficiente “fictivización”, en término de Siegfried S. Schmidt, que conforma la verdad literaria y justifican la ‘función estética’ que sobrenada en este libro. Relato-crónica si se quiere, puesto que el registro de lo narrativo, se alimenta o interfiere con otro tipo de géneros, como la autobiografía, el artículo periodístico, el ensayo o la crónica. Mucho más, si en el caso de sucesos de una vivencia personal, se trata de que el cronotopo -la interdependencia entre las coordenadas de tiempo y espacio- hace excepcional el acontecimiento narrado y que, en palabras de Mijail M. Bajtin, “*determinan tanto la imagen definitiva del hombre mismo como el carácter de toda su vida posterior*”.

Y todo esto se cumple en ISNATIN, una diégesis estructurada en cinco partes. Cada una de ellas contiene ‘estampas’, con títulos muy sugerentes, marcadas por el tiempo, el recuerdo, las lecturas y las vivencias del autor, convertido en narrador heterodiegético (Gérard Genette: *Figuras I*) en gran parte de lo narrado; es decir, ajeno a la historia contada. Se observa, sin embargo, la intromisión del autor en algunos momentos, en los que comenta, juzga hechos históricos o costumbres de la época (voz de *fautor*, como lo define Oscar Tacca en “*Las Voces de la novela*”), siempre en una actitud de compromiso con los más desfavorecidos. Y poco a poco, quizás hasta las últimas páginas, no aparece con la autoridad de ser testigo de los hechos, de tal manera que convierte lo narrado en una *entente cordiale* entre autodiégesis y homodiégesis (en terminología del citado crítico francés).

Esto es así porque el narrador, omnisciente en las partes iniciales, se desenmascara al final en un “*yo nací once años después*”. Se refiere a la muerte de Santiago Caballero Ruiz, fallecido con 94 años, placidamente:

“cansado, subió las escaleras hasta el dormitorio y se durmió. En paz” ...[...]
 “El Aznaitín seguía malva, poderoso, omnipresente...como el recuerdo de su sobrino Eduardo Caballero, para el que tuvo su último pensamiento” (pág. 124).

A partir de ahí, todo es autobiográfico. Incluso la conexión con ese recuerdo último del abuelo respecto del paradero de su sobrino, imprimen a la narración, por un lado, la verdad histórica de cuanto se nos relata sobre la propia vida del narrador-protagonista y, por otro, la intriga sobre cuál sería el final del alférez veterinario Eduardo Caballero Morales, desaparecido en las encerronas bélicas del Rif.

Pero hasta llegar a esta IV parte de la novela, ¿qué es lo que ha pasado? Sin ánimo de desentrañar la trama, sí he de decir que los sucesos narrados refrescan la memoria del lector: retazos de la vida y muerte del marqués de Salamanca; Málaga como ciudad en la que los Loring y los Heredia invirtieron, para convertirla en un emporio industrial; el pueblo de Bedmar, en Sierra Mágina (Jaén), donde declara el propio autor en su anterior libro, traducido al árabe, *Al son de una Casida*, (2005), que nació y creció, “*junto a una alcazaba árabe del siglo IX, que, sobre una arrogante peña, domina el fértil valle del río Cuadros*”; sucesos políticos como la fundación del PSOE por Pablo Iglesias; desastre del 1898, con la pérdida de los territorios de Ultramar; el ramo envenenado contra el carruaje que llevaba a la reina consorte, Eugenia de Battenberg el 31 de mayo de 1906; el hundimiento del Titánic; el desastre de Annual; la historia de Abd-el Krim, su fracasada República Independiente del Rif, hasta su derrota final y huida por el Norte de África hasta llegar a El Cairo; el reinado de Alfonso XIII, llamado “el Africano”, no precisamente como aquel Publio Cornelio Escipión, del mismo sobrenombre, sino por los desastres militares y políticos que durante su reinado sufrió España en el norte de ese continente.

En definitiva, una serie de relatos históricos, bien documentados, que sirven al narrador para introducir la parte más emotiva, literaria y, en definitiva, el *leit motiv* de la novela: al parecer, una hija habida entre José Saavedra y Salamanca, II marqués de Viana y una jovencita del pueblo de Garcéz, Elvira. Esto va a ser uno de los detonantes de la historia final, junto con la incógnita del paradero del joven Eduardo Caballero.

Es en estas páginas finales, cuando los sucesos históricos reales dejan de tener importancia, porque será lo autobiográfico, inseparable de lo imaginado-creativo, lo que conforma la verdad literaria, que domina y da entidad cerrada a la novela. El yo del autor, confesando que ya desde los 9 años quería ser maestro, como así fue, pues cursó estudios de bachillerato y magisterio en Úbeda. Luego en sus visitas a Marruecos, como integrante de un Programa de Cooperación cultural de la Unión Europea entre Málaga y Tetuán (Programa transfronterizo Interreg III-A). Unido todo esto a su curiosidad investigadora y el amor, no disimulado,

por todo lo que atañe a la historia de Marruecos, sobre todo en su relación con Andalucía, dan la posibilidad al narrador, ya declarado protagonista, de indagar acerca de la verdad sobre la desaparición de Eduardo Caballero Morales, ascendido a teniente ‘por causa de muerte en batalla’, según hubo que certificar. Queda para los lectores de esta interesante historia novelada el desenlace final y la relación de parentesco entre el autor y el marquesado de Viana. Un detonante final lo marca la visita al palacio de Viana en Córdoba.

Y no añadido más. Serán los lectores los que comprobarán, tras la lectura de esta magnífica, bien escrita y entretenida novela, cómo se hermanan las historias de uno y otro lado del Estrecho. En definitiva que *nuestro cielo estrellado de los montes de Málaga, es el mismo del Rif, del Sahara, de Senegal, de Mágina...* (Final de *Al son de una Casida*).

En Málaga a uno de enero de 2021